

PRENSA, RADIO, CINE

Y TELEVISION

Hay "ciertos campos de apostolado de los que surge en estos momentos un llamamiento más urgente". Así decía Pío XII en su discurso al Segundo Congreso del Apostolado Seglar, al querer destacar entre otras, estas actividades de la prensa, cine, radio y televisión.

Esta urgencia del llamado pontificio debemos traducirla en esfuerzo por hacer algo concreto. Más quizás, al llegarnos este requerimiento del Papa cuando aún no habíamos acabado de ponderar ese otro documento autorizado, la Encíclica "Miranda prorsus", donde Pío XII nos ofrecía todo un programa de apostolado en el cine, radio y televisión. Pensemos pues, en concreto, qué podemos hacer aquí en Venezuela para canalizar nuestro apostolado en estas actividades de difusión del pensamiento.

Pero conviene clarificar algo, antes de seguir adelante. No debemos reducir nuestro apostolado al usar estos medios a una pura preocupación moralizadora. Sería ésta una manera simplista y además un condenarnos a un tono de sermón perpetuo. Bien podemos extender a todos esos medios de difusión del pensamiento lo que Pío XII había dicho del cine ideal en ocasión anterior: "No ha de hacer el papel de un moralizador simplista, sino que compensa con creces esa renuncia con la realidad positiva, la cual, como lo piden las circunstancias, enseña, deleita, difunde alegría y placer genuino y noble y cierra la puerta al tedio; es a la vez ligero y profundo, lleno de imaginación y real".

Con esta mentalidad amplia del apostolado moderno voy a pensar en alta voz para que me oigan todos los católicos especialmente los jóvenes. Sin embargo quisiera ser oído por los rectores de nuestro catolicismo. Son ellos los que pueden más que nadie dar organización sobre base nacional a este apostolado de los medios publicitarios. No pueden bastar esfuerzos aislados por más meritorios que ellos sean, sino que conviene que a ellos

se sumen otros, y que todos se organicen dentro de un plan de conjunto.

PRENSA.—Hay un poder muy grande en las prensas rotativas del mundo moderno. Un columnista como Walter Lippman llegaba a un número superior a los 10.000.000 de lectores. La revista Time supera semanalmente los siete millones, sobrepasando su audiencia los 23 millones. Hay sin duda una fuerza tremenda en la prensa y es importante caer en la cuenta de ello; pero importa más pensar que detrás de la imprenta está el pensamiento que moldea las ideas y la moral de millones.

Debemos hacernos esta pregunta: ¿Cuántos escritores católicos de influencia están ayudando a plasmar la opinión de esa vasta audiencia? ¿Cuántos bien cimentados en los principios del cristianismo, pueden escribir en el ágil, fácil y atrayente estilo de la revista americana Time, por ejemplo. Verdad es que nuestro periodismo local —y esta afirmación es extensiva a toda nuestra prensa— deja prácticamente en manos extranjeras la formación de la opinión sobre la política mundial. Pero no porque éste sea un pecado colectivo, deja de ser triste el que los católicos hayamos abandonado ese campo. Y conste que al hablar de periodismo católico, no hablo con un criterio estrecho y exclusivista. Son periodistas católicos, no sólo los que trabajan en nuestros diarios confesionalmente católicos, sino también como dice el Papa "quien ejerce su misión con espíritu de fe".

Este abandono del campo en política internacional es ciertamente vergonzoso para los católicos aunque sea colectivo; pero tampoco es muy lucida la posición católica en el periodismo local y de pensamiento. Hay ciertamente algunos periodistas católicos de influencia en uno y otro de nuestros diarios y revistas; mas su número es demasiado escaso. La prensa católica necesita escritores de valer, pues sin ellos no obtendrá el debido nivel que está a la altura de sus editores, de sus columnistas, de sus corresponsales, etc. La prensa tiene necesidad de personal tanto o más que de dinero para cumplir su misión. Personal que sepa escribir con sentido católico, incluso la página social o de deportes, para no referirme a la distribución y selección de noticias.

El problema de encontrar este personal lo puede resolver la Iglesia más fácilmente que otros muchos. Es en los muchos colegios católicos que ella posee, donde se pueden desarrollar y descubrir. Los profesores de castellano y literatura poseen en sus clases una escuela de periodismo en embrión. Ellos enseñan redacción, ellos orientan a sus estudiantes en las obras de los grandes estilistas; lo que le falta es la inspiración de lo publicitario, la urgencia de canalizar hacia el periodismo los talentos de sus alumnos.

Para lograr hacer de las clases de castellano y literatura una escuela de periodismo en ciernes no falta más que el estímulo. Pero es el caso que nada estimula más a un escritor en ciernes que ver su nombre en caracteres de imprenta; no hay mejor camino para tener escritores que el conseguir publicar sus primicias. Un periódico escolar —por supuesto que dé más fuste la infantil solución de un periódico mural— es un medio apto para desarrollar talentos de escritores. Además no supone gastos que asusten, basta un mimeógrafo o multígrafo. Material para el periódico puede recogerse de los trabajos de redacción presentados como ejercicio escolar. A lo más un profesor demasiado recargado de trabajo, requerirá un mecanógrafo si es que no basta pedir al novel escritor que consiga copiar su colaboración en un stencil, distribuída en la forma que se le indique.

Pero tan pronto como creamos haber encontrado en el escritor novel, madera de verdadero valor, conduzcámoslo hasta lograr publicar su producción en la prensa diaria. Veremos cómo bien pronto habrá quien incluso pague sus artículos o crónicas y más de uno tendrá el gusto de ver retribuídos sus afanes.

Los educadores pueden encontrar en estas líneas una invitación, a la que ojalá respondieran con obras. Pero quizás se podía ir a algo más concreto y organizado. Es obvio que una escuela de periodismo fundada en la Universidad Católica es uno de los pasos que deben cumplirse para secundar esas direcciones pontificias. Asociaciones como la AVEC podrían satisfacer la parte de la obligación que le corresponde, si en los colegios a ella federados fomentaran una preocupación por hacer uso de la prensa como medio de aposto-

lado. Incluso los profesionales católicos podrían hacer mucho presentando los problemas médicos, sociales, técnicos, históricos. Quejas por la presentación parcializada o adversa del pensamiento católico no son solución, mientras que sí lo sería la manifestación del pensamiento católico hecha por quienes por su condición profesional son más aptos. Cuántas de nuestras damas o señoritas de Acción Católica podrían encontrar, incluso hasta como forma agradable de matar el tiempo, su forma de apostolado en el periodismo. Y sería genuino apostolado católico escribir sobre modas, cine, pintura o actos sociales con criterio católico; no ciertamente desarrollando un sermón al tocar esos temas, sino simplemente haciéndolo con la manifestación del genuino humanismo cristiano. Cuántas, igualmente, podrían lograr estupendas reseñas de libros de actualidad o incluso juzgar de las grandes corrientes modernas. Lo importante sería obtener en el mismo seno de la Acción Católica y demás Asociaciones similares un sentido de actualidad y reclamo para este género de actividades apostólicas.

RADIO, CINE Y TELEVISION

“Una doble tarea queda por realizar: evitar todo elemento de corrupción y promover los valores cristianos”. Es éste el doble programa que el Papa nos propone. Hasta ahora había en la actitud clerical frente al cine demasiado de lucha antimicrobiana: se trataba de evitar el contagio, de defenderse. Pero sobre todo desde las directrices consagradas en fechas anteriores por Pío XII, la actitud de los sensatos es combativa, positiva: el dominio, la utilización de la pantalla como elemento positivo de ilustración y de formación. Como decía el Cardenal Suhard: **“Para cumplir su deber de apostolado el católico necesita un medio de expresión y un auditorio. El cine es, ante todo un medio de expresión; y el cine ofrece al apostolado el auditorio más vasto”.** Reflexionemos sobre la elocuencia de estos números. En 1956, según los datos de nuestra oficina de estadística, tuvieron lugar más de tres millones de sesiones cinematográficas en poblaciones venezolanas de más de 5.000 habitantes. Lo que es más, el número de especta-

dores por esto representado es de 42.257.965.

No dispongo ahora de estadísticas sobre el número de aparatos de radio y televisión en el país. Pero la ubicuidad del sonido de radios y televisores que nos encuentra hasta en los taxis, o en los más humildes ranchos, nos habla muy claro de que la audiencia que tienen esos medios audiovisivos supera los 200 millones de personas.

Ante estos hechos y perspectivas se debe encender nuestro celo. **"El cine puede, con su maravillosa eficacia... inducir a todas las virtudes"**, dijo nada menos que Pío XII. Pero porque el cine, y sus congéneres de la radio y televisión no cumplen su misión, porque su propaganda **"sobrepasa con mucho la de la prostitución o la de la criminalidad"** al decir de Georges Sadaoul se requiere una labor de prevención y censura.

La Jerarquía nuestra por medio de la Acción Católica, cumple ya su papel en lo que respecta al saneamiento preventivo por el sistema de censura con una cota de clasificación moral. En este aspecto sólo se podría desear una mayor publicidad. Sin embargo, según las direcciones pontificias, debería extenderse esa orientación moral a los programas de radio y televisión.

Pero los católicos debemos hacer más en el aspecto positivo. Son varios y buenos los programas religiosos emitidos por radio o televisión; pero sería de desearse hubiera más unión entre ellos. Conversaciones periódicas entre los varios sacerdotes u organizaciones que los dirigen, no sólo permitirían aprovecharse de las mutuas experiencias para mejorar algo que siempre es perfectible, sino también para dirigirlos según un plan preconcebido que distribuyera esfuerzos y lograra más eficacia.

Dada nuestra casi nula producción cinematográfica poco podremos hacer en lo que respecta a producción, sino es disponernos a actuar cuando llegue la hora. No precisamente una programación pía, beata, con curas, frailes o monjas será la que entonces hemos de buscar. Basta con lo limpio, lo humano, lo sereno. Los que tengan posibilidades, que contribuyan a la producción de films sanos. Por ahora no nos quedaría sino nuestra actividad en los programas radiales y de televisión. En ellas como en el cine, nues-

tra preocupación debe ser poner estos grandes inventos **"al servicio del hombre, y ayudarle a mantener y actuar la afirmación de sí mismo en la senda de la rectitud y del bien"**.

Pero precisamente porque reconocemos los valores de lo que se ha llamado el **"humanismo filmico del siglo XX"**, porque creemos que el cine es parecido a las literaturas grecolatinas de la antigüedad: grandes tesoros de formación humana y valiosos tesoros para el desenvolvimiento de las facultades, mezcladas con desviaciones peligrosas, pero superables. Porque la cultura cristiana ha podido depurar las literaturas paganas, aun usando de ellas como base de su formación. Precisamente por no tener una actitud negativa frente a las nuevas invenciones audiovisivas, y por reconocer su grande influencia es por lo que juzgamos necesario hacer algo positivo, después de nuestro esfuerzo de prevención y censura.

El cine y su pariente cercano la televisión tienen un extraordinario poder. Porque son un espectáculo polivalente que satisface a muchos gustos, porque son **"el lenguaje más fascinador de la historia humana"**, porque son un ventanal al mundo ofreciendo horizontes ilimitados en extensión y en penetración, porque transmiten su mensaje del modo más agradable y fácil que se puede pedir, porque son una distracción estupenda. Porque tiene influencia en todos esos órdenes es por lo que debemos hacer algo en serio, como nos lo exige el Papa.

Porque se puede ir al cine por satisfacer varios gustos, es por lo que debemos educar a que no se vaya a buscar una satisfacción sensual más o menos confesada, si no llega a subir hasta la pura contemplación de la gran obra de arte que es la pantalla. Porque la televisión y el cine sobre todo tienen un mágico lenguaje, que llegaremos un día a citar o estudiar como hoy lo hacemos con los versos de Homero, o la prosa de Cervantes, es por lo que tenemos que enseñar a entenderlo al igual que lo hacemos con quien imprevisto se acerca a esas grandes joyas de la literatura. Son estos medios el pedagogo de la cultura universal del siglo XX, **"de sus datos se nutre en buena parte el bagaje cultural de nuestros contemporáneos"** dice Pío XII) si no en profundidad de conocimientos, sí en la extensión y la homogeneidad de ellos; son ellos la

lección más completa de hombres, de tierras y cosas que puede recibir la humanidad. Pero por eso difunden una concepción de la vida, un estilo de vivirla que por ser dañinos requieren educación para no ser inficionados por ellos. Porque el cine y la televisión nos hablan cuando nosotros nos hemos decidido a oírles sin interrupción, y al tiempo nos hacen ver lo que nos quieren decir en un ambiente vaporoso y de ensueño despreocupado, es por lo que se requiere más formación en los espectadores. Porque la impresión imago-visual es muy superior en los niños y jóvenes que en un hombre de profunda personalidad, y en la gente ruda más que en los intelectuales y avezados a estudiar y analizar es por lo que necesitamos enseñar a ver cine. Porque como decía Schiller, "los ocios de hoy forman la civilización del mañana" tenemos que preocuparnos de que el cine la televisión y aún la radio, no sean diversiones que nos lleven a la decadente situación de la Roma de Horacio: **"Media inter carmina poscunt aut ursum aut pugiles"**, la triste decadencia de un pueblo que por no poder comprender la belleza dramática o histriónica ha de ser complacido con la bajeza de los bailes de un oso, o el salvajismo de un pugilato.

Debemos pues, educar a los espectadores en el uso de las películas y demás medios audiovisivos. A ello van dirigidas las varias revistas católicas que exclusivamente se dedican a estudiar el mensaje cultural del film, de la televisión moderna. Quizás no será posible para nosotros lograr una revista confesionalmente católica que llenara esta misión; pero ciertamente es de desearse la presencia de un sacerdote o mejor de un seglar capaz que juzgara los nuevos estrenos o programas con mentalidad católica. En número anterior de SIC se acogía con simpatía la revista **"Tubazos"** y a su labor de crítica artística. Hoy nos atreveríamos a insinuar nos hiciéramos presentes en ella con una coopera-

ción desinteresada. Igualmente sería de desearse la colaboración de más personas en el suplemento de cine y televisión de La Religión, para que así tuviera más influencia y público.

Pero es ante todo en nuestras escuelas y colegios donde más debemos educar a los católicos a ver cine. No se ha hecho casi nada por cumplir las consignas de las Jornadas de Estudio de 1952 que dirigiera la Oficina Internacional del Cine. Entonces se concluía ser necesario la integración del cine **"en los programas de formación humanística tradicional"** a fin de lograr por el cine un avance educacional y disminuir **"los peligros morales del espectáculo cinematográfico... al conseguir una superior comprensión de los films."**

Sigue en nuestros colegios la presentación de películas; pero la labor de educación se reduce a la atrasada solución de cortar escenas juzgadas inconvenientes, muchas veces con simplismo increíble. Nos quedamos así muy lejos de los deseos de la mencionada asamblea: **"que todos los directores de establecimientos docentes y todos los educadores de la enseñanza católica se interesen seriamente por la organización regular y racional de sesiones de iniciación al cine, para los jóvenes, a partir de los trece o catorce años; que esta formación atienda esencialmente a enseñar a los alumnos, gracias a una sabia elección de las cintas, a apreciar una obra cinematográfica"**.

En fin, el cine —y en su grado se dirá de la televisión— ha dejado de ser desde hace tiempo una simple distracción, según el decir autorizado de Monseñor Montini. El cine-forum y los cine-clubs son demasiado incipientes entre nosotros; pero hemos de vigorizarlos y sobre todo extenderlos a los colegios como entidades apartes, sin pretender hacer partícipes a adolescentes de un cine-forum con adultos.

HERMANN GONZALEZ OROPEZA, S. J.